

Toma de Samaria

Ezequías tenía veinticuatro años al subir al trono. Su madre se llamaba Abi y era hija de un tal Zakariah. Ezequías no era entonces el hombre religioso, que llegó a ser más adelante. Nada demuestra que hubiera al principio diferencias entre él y su padre Achaz. El tono de Isaías y Miqueas fue durante algunos años exactamente el mismo que en el reinado anterior.

Especialmente Miqueas fue muy severo para el rey y para las clases altas de la sociedad de Jerusalén.

La disolución interior del reino de Israel había llegado al máximo. En

cambio el poderío asirio llegaba a su apogeo. Salmanasar, sucesor de Tiglatfalasar, era el emperador de todo el Asia citerior. Hoseas empezó por reconocer su soberanía pagándole un tributo. Pero de todas formas proseguía sus intrigas, tratando de formar una liga con Sabak, rey egipcio de la XXV dinastía. Dejó repentinamente de pagar el tributo al asirio, sabiendo indudablemente cuáles serían las consecuencias de aquel acto.

Los defensores de la guerra a todo trance, decían en su lenguaje exagerado, que habían pactado con la muerte. Tenían toda su esperanza en Egipto. La alianza con Egipto, decía el profeta, «no es más que embuste y perfidia. Asiria todo lo asolará. Vela Judá que la hora solemne del juicio de Jehová se acerca».

En efecto, Israel estaba muriendo. Formábase encima de Siria una tempestad terrible. Tiro y toda Fenicia se sublevaban contra la dominación asiria. Salmanasar acudió para destruir estos pueblos. Tiro, por lo visto, quedó privada de su comunicación con tierra. Samaria fue sitiada y Jerusalén, indudablemente, muy vigilada.

Los asedios asirios eran largos, y duraban años. Se edificaba una ciudad nueva contra la ciudad sitiada. Cada golpe de ariete costaba días enteros y era extraordinaria la emoción durante estas largas crisis. En Jerusalén se creía generalmente que el coloso asirio, una vez saciadas sus iras en Samaria, se revolvería contra Judá.

Isaías, cuyo espíritu activo cruzaba constantemente los límites de Judea, creía saber el secreto de los designios de Jehová, y los explicaba con asombrosa exactitud. Amenazaba a todos los pueblos comprometidos en la lucha. Calculaba la vida que a cada uno le quedaba, encontrándola corta. Aseguraba que los efectos del sitio de Tiro serían funestos para su ciudad y daba salida con tal motivo a sus rencores concentrados.

Después de tres años de sitio Samaria sucumbió (721). Salmanasar había muerto, y acabó la campaña su sucesor Sargón. Hoseas cayó en poder de los vencedores, fue encerrado en una cárcel y el país pasó a manos de gobernadores asirios.

Las profecías de Isaías no se cumplieron en lo referente a Tiro. Cinco años de bloqueo no lograron reducir la ciudad insular. Egipto también se liberó del azote y Jerusalén lo hizo asimismo esta vez. El reino de Judá, como ocurre casi siempre, fue recompensado por su prudente felonía. Había abandonado a su hermano, y vivió todavía cerca de siglo y medio. Durante este tiempo fue realmente vasallo de Asiria, pero el vasallaje no sienta mal a un pueblo no muy apropiado para la vida política y que produce grandes cosas cuando otros le dispensan de los duros trabajos con los que se hace y se sostiene una nación.

Seguramente la ciudad de Samaria no fue destruida después de la conquista, pero, privada de sus reyes y de la parte más notable de su población, su destino fue como el de las capitales abandonadas. Cayó en una rápida decadencia, y lo mismo ocurrió con Jezrael y las principales ciudades del reino del Norte.